

Consideraciones sobre el amor libre

Por ENRIQUE GUARNER

Colaborador

Como he descrito anteriormente a lo largo de dos millones de años el hombre primitivo satisfacía en público sus deseos sexuales sin sentir el menor signo de vergüenza. Ello se derivaba de que el coito era equipado a cualquier necesidad como podía ser el hambre, la sed o el antojo de orinar y defecar. Una de las imposiciones fundamentales de la civilización fue el entrenamiento de esfínteres incorporado a la emoción de la vergüenza cuando las necesidades del niño dejaban de cumplir los mandatos de la madre. Esta misma turbación o bochorno se puso de manifiesto frente al deseo sexual, reprimiéndolo para que ser humano no apareciera como un animal salvaje.

En el mismo artículo citado, vimos como tanto los helenos como los latinos nunca se avergonzaban de visitar a las "heracleas" en Atenas o de los grandes burdeles que florecían en Roma. Sin duda, la libertad sexual de la que gozaban estos pueblos era mucho mayor que aquella de la que disfrutamos los habitantes del mundo actual. Debemos admitir que fue la civilización judeo-cristiana la que impuso trabas contra la sexualidad abierta decretando en forma terminante la idea del pecado y la consiguiente culpa en la práctica del sexo fuera del esquema matrimonial. La teoría de que el deseo carnal constituía una infracción ha sido terminante mente sostenida en los últimos quince siglos. Además la fe católica ha desarrollado una persecución hacia el control de la natalidad y el aborto, por lo que se ha producido el fenómeno de una sobrepoblación que ha traído un verdadero caos, por no existir suficientes alimentos, ni medios económicos para más de la mitad de los cinco mil millones de habitantes que pueblan el planeta.

A pesar de sus aciertos en cuanto a los preceptos morales, la Iglesia no acepta por completo el desarrollo de la sexualidad infantil, prohíbe la masturbación de los adolescentes y considera como problema la expansión de la prostitución. Tampoco ha aprobado la homosexualidad como una preferencia que tienen ciertos seres humanos, la cual debería aceptarse y entenderse.

Esta actitud dio lugar a que el filósofo inglés Bertrand Russell desde 1928 nos dijera en su libro

"Patrimonio y moral": "He conocido a hombres inteligentes que cuando en la infancia tentaban sus genitales recibían las más terribles reprimendas de sus padres, que solemnemente afirmaban que preferían verlos muertos antes de que de nuevo realizaran la maniobra. La noción del pecado de la carne ha creado inhibiciones tan significativas que con asombro observamos a adultos incapaces de descubrir como son los genitales de las mujeres". En el fondo tiene razón el filósofo porque el esquema prohibitivo hacia la sexualidad tanto en el hombre como en la mujer, ha creado millones de casos de impotencia y de frigidez resistiéndose al placer del orgasmo.

De la misma manera vemos que los países no del todo contaminados por la doctrina del pecado son acusados de inmorales o de estar habitados por seres primitivos. El argumento es totalmente falaz porque aunque existen naciones en Africa sin civilizar, también tenemos que tomar en cuenta que los escandinavos han adoptado ideas más abiertas en cuanto al tema del erotismo y tienen una sociedad, no sólo más avanzada, sino más equitativa y justa. El sentimiento artificial de la vergüenza que diseminan los prohibicionistas sexuales va en contra de la misma naturaleza, porque los seres humanos han vivido a lo largo de millones de años sin ver en el coito algo inmoral. La emoción vergonzosa es mayor en el sexo femenino y es por ello que observamos en la mayoría de las mujeres la presencia del rubor cuando se les hacen proposiciones sexuales. Muchas de ellas consideran un motivo de orgullo el no rendirse al pretendiente, pidiendo una posición romántica para no ceder. En el fondo esta actitud resulta completamente artificial y la hacen porque piensan que al resistirse aumenta el interés de los hombres hacia sus favores sexuales. Habitualmente encuentran a muchos varones que ante el temor a la impotencia consideran estas resistencias como positivas, porque piensan que al no cederse a ellos tampoco lo harán a sus competidores.

Con esta posición el sexo femenino ha desarrollado la obra maestra de los que prohíben abiertamente el acto sexual convirtiéndolo en algo irrespetuoso e indignante, situación absurda porque el mismo no puede ser ni bueno ni malo, limpio o sucio, sino que

tendrá las características con las que uno lo practique. Dentro de este contexto señalaré que la mujer debería sentirse halagada por la proposición y si no desea la intimidad con ese hombre su respuesta debería de ser: "no lo acepto, porque usted no me atrae", o bien: "tengo a alguien con quien estoy contenta y no soy libre". Con cualquiera de estas contestaciones se terminaría con la insinuación posterior pero me opongo a que se responda ante la sugerencia: "usted no me está respetando", cuando en el fondo se la está halagando al expresarle un deseo.

Límites del amor libre

Todos los que se propongan en general nunca pueden practicarlo porque el ambiente que nos rodea no lo permite. En realidad la libertad sexual solamente pudo haber existido en el cavernario o en la actualidad en los hombres extremadamente ricos rodeados de esclavos que trabajen para ellos. Sólo así poseen el tiempo suficiente para disfrutar de aquello que denominamos una vida disipada. Si estos hombres laboraran a lo largo de todo el día, barriaran los patios de su casa, lavaran las camisas que portan o maniobrarán con el tractor marcando surcos que rellenaran de estiércol, difícilmente podrían hablar de lo que se llama libertad sexual.

Este mismo problema podemos planteárnoslo en relación a si el hombre es un animal monógamo o polígamo, porque en el fondo no es ni una cosa ni otra. Todo dependerá de la clase de compañero o compañera que uno escoja para vivir la vida. Si uno encuentra una mujer amable que nunca regaña, trabajadora, honesta y dedicada se optará por la monogamia. En cambio si nos encontramos con un sujeto rico y desocupado que vive con alguien desagradable y holgazán, se volverá indefectiblemente polígamo. Una mujer en las mismas condiciones señaladas tendrá que tomar la decisión de si seguirá unida a un hombre exigente, regañón, avaro, violento, etc. o romperá sus preceptos morales (?) buscándose a alguien diferente que pueda hacerla feliz escogiendo la forma poligámica sexual. Por último señalaré que el amor libre se acepta habitualmente en los demás, porque siempre causará dolor y producirá celos el que la pareja con la que uno vive sea infiel.